

El estudiante de Praga (1926) Henrik Galeen

Si *El estudiante de Praga* nos resulta interesante desde la perspectiva psicoanalítica, es por introducir -a través del tema del *doppelganger*, el doble- la cuestión del Yo y el narcisismo. *El estudiante de Praga* tiene además el interés de ubicar el problema del Yo y la identidad en relación a la imagen especular. Hay una relación íntima entre el espejo, el yo y el doble. Lacan planteaba que lo que la experiencia psicoanalítica revela acerca del Yo es:

- que el Yo no es originario, y que requiere para su constitución de un acto psíquico
- Ese acto psíquico -que constituye el narcisismo primario- es la identificación a una imagen que le viene de afuera. De ahí la importancia del estadio del espejo
- Al identificarse a una imagen externa, el sujeto cae en una servidumbre imaginaria: esa imagen cautiva al sujeto. El sentimiento de sí queda alienado a la imagen del otro, la cual es tomada como un objeto libidinal (y no como mera imagen) y como propia y representativa del sujeto mismo. Cae en el engaño de tomar como objeto lo que es imagen, en tomar como imagen de sí lo que es imagen del otro ("Yo soy otro"), y en tomar como imagen completa de sí mismo lo que es sólo una apariencia.

¿Por qué hay que ir a buscar afuera y en el campo imaginario una identificación que permita alcanzar cierta sensación de unidad y mismidad, aunque sea ficticia? Decimos ficticia porque no hay equivalencia entre un objeto y su imagen: la imagen sólo ofrece la apariencia del objeto desde cierta perspectiva que es aquella que nos permite el lugar desde donde miramos. No hay equivalencia entre el objeto y su modo de manifestarse en el campo de la imagen. En el caso del propio cuerpo, se torna más difícil de captar desde la mirada, y requiere la asistencia de un espejo.

Un espejo es una superficie pulida que refleja la luz que incide sobre él, produciendo una imagen virtual o real, según se produzca del otro lado del espejo o de este lado. Ahora bien, en el campo humano y para la constitución del Yo, se requiere no sólo de la asistencia de un espejo, sino del Otro. Para que haya identificación a una imagen especular, para que esa imagen sea asumida, se requiere de una matriz simbólica sin la cual no se produce tal identificación. No se trata de algo que se da *per se* ante un espejo: se requiere de una articulación entre lo imaginario y lo simbólico y la participación del primer Otro.

El Otro es nuestro espejo fundamental: cómo somos mirados por el primer Otro permite fundar una mirada sobre nosotros mismos como Yo. No alcanza que haya un espejo: no resulta obvio para el *infans* que esa imagen externa especular sea "yo". Se requiere de la confirmación del primer Otro reconociendo esa imagen en el doble sentido de ser la suya y de ser aceptada o amada. Ahora bien, al reconocer esa imagen como "yo", me reconozco como tal en una relación de exterioridad alienante y paranoica. Se trata de un reconocimiento que es al mismo tiempo un desconocimiento.

¿Por qué hay que ir a lo imaginario a buscar unidad? Porque lo simbólico no puede ofrecerla dado que presenta una falla de estructura: no hay un

significante que signifique al sujeto, por lo tanto no es alcanzable la identidad en el campo simbólico. Un significante remite a otro significante, y a otro, y en todo caso el sujeto se hará representar entre un significante y otro, pero no consistirá en esos significantes. De ahí que se busque alcanzar identidad mediante identificación imaginaria a una Gestalt externa provista por la mirada deseante del primer Otro.

Lo real del cuerpo es inaccesible y sólo se alcanza indirectamente por medio de la Gestalt que propone el espejo. Gestalt que provee el doble engaño: creerse completo, unificado, y con un dominio sobre el cuerpo. Pero el cuerpo no es la imagen del cuerpo, ni refleja mucho menos su dimensión propiamente libidinal.

El sujeto no es esa imagen externa que el espejo le devuelve. Lacan dice que la imagen ofrece una forma ortopédica de totalidad que envuelve al cuerpo real y tiene valor de armadura: lo arma, lo organiza y al mismo tiempo le da una estructura fija, rígida, estatuaria, en la que el sujeto se enajena, por oposición a la imagen de cuerpo fragmentado, que se produce simultáneamente como consecuencia de la identificación con la imagen de totalidad.

Esta Gestalt configura el Yo Ideal: el sujeto se reconoce en la imagen que aporta el Otro, lugar desde el cual es reconocido y al que el Yo aspira a coincidir por estar marcado por el deseo del Otro como siendo aquello que el Otro quiere del sujeto. Se trata de una dialéctica en la que el sujeto queda enajenado en la imagen de un objeto que se supone es el objeto del deseo del Otro. Es desde ese Yo ideal que el sujeto encuentra el reconocimiento del Otro y es alojado en tanto objeto (vale decir, como falo imaginario).

Hay tiempos lógicos en la constitución del narcisismo y del sujeto. Tiempos lógicos que cambian el régimen de las instancias operantes: no es lo mismo el Yo Ideal del narcisismo primario, sostenido simbólicamente desde I (A), el significante de la omnipotencia del Otro materno que aliena al sujeto al lugar de falo imaginario, que la situación del Yo Ideal luego de la metáfora paterna y la operación de castración, donde el Yo Ideal pasa a ser sostenido por el Ideal del Yo, heredero de la autoridad paterna, que articula deseo y ley, introduce la falta que muerde al Otro y al narcisismo, negativiza el lugar fálico para elevarlo a significante, y promueve la búsqueda de objetos en la vía del deseo. No sin resto pulsional a cuenta del Superyó. Si desear implica romper con esa imagen enajenante, coagulada, fija del narcisismo primario, el Superyó hace de dicha imagen narcisista una vía mortificante: fija como una estatua al sujeto, en nombre de un ideal de completud y totalidad que viene del Otro.

Al comienzo del film, el estudiante Balduin se encuentra apesadumbrado. Apartado de los goces de la vida estudiantil –representados por el jolgorio de canciones, baile y mujeres de la posada- Balduin se encuentra sin recursos –económicos- que lo alivien de las exigencias de la vida. Scapinelli –personaje demoníaco y con poderes sobrenaturales- se presenta como un hombre mayor que pretende amparar paternalmente al joven estudiante. Se trata de un engaño en el que cae Balduin. Le ofrece el recurso económico a cambio de llevarse cualquier cosa de su cuarto. Como Balduin no tiene nada en el cuarto, acepta engañado el pacto que le proponen. Para Balduin, la imagen especular es sólo una imagen y no un objeto que se pueda

sustraer. Estamos ante un joven que ya hace años salió de la etapa del narcisismo primario. Casi piensa que lo que le van a pedir es la espada, el único objeto valioso que cree disponer. Con horror y sorpresa, advertirá demasiado tarde que el pacto ponía en juego la pérdida de algo que parecía imposible: su imagen especular. La imagen pasa de ser virtual a real y a quedar controlada por Scapinelli. Balduin, estupefacto, no puede hacer nada.

Pero si Balduin puede a pesar de todo continuar su vida y su vía deseante (con el dinero cambia su posición social y ahora puede aspirar a la mujer rica de la que ha quedado prendado) es porque ya tiene incorporada su imagen y no necesita más del soporte del espejo. No verse en el espejo no lo despersonaliza, aunque puede resultar inquietante. Hasta ese momento va a cuenta de una pérdida menor a cambio de la conquista del objeto amado. En la relación amorosa, la libido narcisista se empobrece a favor del objeto de amor, ubicado en el lugar del ideal. En otras palabras: el cambio sigue siendo beneficioso en la vía del deseo. Ya no es importante cómo se vea él a sí mismo, sino si es visto por ella. Su sostén narcisístico en el Ideal del Yo le permite seguir la vía deseante. Lo no calculado en el pacto con Scapinelli es que una imagen especular, al volverse imagen real, adquiera presencia mortificante para arruinar la vía deseante. Vale decir: no es que la imagen la pierde, sino que se vuelve inconveniente e inquietantemente presente como doble, al pasar al lugar de objeto.

¿Qué es lo que hace esta encarnación de un padre gozador que representa Scapinelli? Sustraer la imagen especular, el Yo ideal, de la regulación del Ideal del Yo, para ponerla al servicio del mandato de goce superyoico y empujar al sujeto a la locura y al suicidio.

Si la superación del narcisismo primario implica una salida de la tensión mortífera del sujeto alienado a la imagen del Yo Ideal que el Otro le demanda, para –vía metáfora paterna y castración- constituir un Ideal del Yo que regule la relación con el Yo ideal y con los otros, el retorno de aquella imago del yo que encarna el doble –con las características propias de lo que se puede calificar de una regresión a la etapa del narcisismo primario: suspensión de las leyes sociales y físicas, omnipotencia del pensamiento, pérdida de límites entre imaginario y real- se vuelve siniestro y amenaza la vía deseante de Balduin. Retorna la tensión mortífera imaginaria con el semejante, ya no regulada por el orden simbólico, hasta aplastar a Balduin: el narcisismo primario tiene como correlato la agresividad imaginaria con el otro, la paranoia, el asesinato del otro para sostenerse como Uno, o el suicidio.

Este Yo que encarna el doble de Balduin ya no está regulado por la ley paterna, con lo que empieza a funcionar como otro ubicuo que reduce la relación a tensión agresiva especular sin terceridad simbólica. Esta tensión en el film no gira en torno a que el doble quiera competir por ocupar el lugar de Balduin hasta sustituirlo: eso sería hacer del doble un sujeto deseante, pero el doble como imagen no tiene vida ni desea. Su presencia siniestra sólo cumple la función de arruinar toda posibilidad de que Balduin alcance el objeto de su deseo. Por eso funciona superyoicamente: al condenar toda vía deseante no le deja al yo otra salida que ofrecerse como objeto mismo al goce del Otro. En ese sentido debe entenderse la escena del duelo: al matar el doble al rival de

Balduin en el amor, lejos de facilitarle las cosas a Balduin, lo deja fuera del círculo social al que había aspirado a integrarse: él rompió su palabra, no tiene honor, y ya no es bien recibido por la familia de su amada ni por sus compañeros de estudio.

Una vez perdido los soportes simbólicos, Balduin se vuelve loco, reducido finalmente a tensión agresiva con su doble Remitido a la tensión con su Yo ideal, queda fijado a la encerrona imaginaria: o él o yo. El último engaño al que sucumbe Balduin es aquel en el que cree que matando a su doble se librá de él. Así que le dispara. El disparo tiene como consecuencia que el doble vuelva a ser imagen virtual, pero como en el proceso Balduin se ha quedado sin otro soporte que el Yo ideal, matar al otro equivale a matarse.